

El 48, de don Miguel Acuña Valerio

R. M^a Guillén, Pbro.

Escribir es comprometerse. Lo haremos bajo el guión que siempre ha sido nuestra mejor intención, puesta la conciencia en la justicia, como costarricenses y como sacerdotes.

Diríamos, parodiando, que al laborioso autor de El 48 se le escapó un capítulo: el del pueblo, en aquella jornada en que nos tocó ver a una patria pacífica y noble, ametrallada, insultada, vejada, encarcelada, perseguida, saqueada, sometida al esbirrismo más grotesco.

Don León Cortés era el candidato presidencial. Aquellas elecciones fueron la infamia más descarada. Terminada la votación, en nuestro pueblo natal, los encargados de ella dieron los resultados: algo así como 400 cortesistas y como 150 gobiernistas. La sorpresa fue cruel. Los datos electorales se recaudaban en la casa presidencial. Precisamente la votación de nuestro pueblo se leyó invertida: 150 cortesistas y 400 gobiernistas. Y así se hizo con la votación nacional. Jamás se nos borrarán de nuestros oídos aquellas risotadas aguardentosas, hirientes, cónicas, de la algarabía de la casa presidencial. Y se dio la presidencia al licenciado Teodoro Picado, hombre hasta ahí venerable y bueno.

Llegaron las siguientes elecciones: Otilio Ulate por la oposición. Pese a la grosera actitud del gobierno, Ulate ganó la presidencia. Y días después 27 inmorales diputados declararon nulas aquellas elecciones.

Nuestra actitud fue invariable; no podíamos absolver tanta villanía cometida en contra de la ciudadanía. Jamás hubiéramos calculado que hubiera en Costa Rica aquellas jornadas de persecución, de saqueo, de incendio, de balaceras atemorizantes, de demanda a los campesinos de Santa Rosa que si a la mañana siguiente no tenían acumulados queso, maíz, papas, frijoles, legumbres para el gobierno, todos los hombres serían llevados a la cárcel.

Vimos cómo hombres honrados y buenos fueron pervertidos por aquella campaña de corrupción, de odio, de robo y de sitio militar.

Las generaciones nuevas y siguientes no podrán ni imaginar aquella era de terror, de persecución y de asesinatos. Lo vimos, lo vivimos, y somos testigos de vista de la más cobarde y más abyecta era que tuvo que vivir nuestra bienamada patria. Y lo repetimos: como sacerdotes, como costarricenses, nos unimos al pueblo y combatimos al gobierno de entonces.

Vimos policía armada a las puertas

de los locales electorales de aquel domingo negro.

Ese domingo llegó un diputado con un camión abarrotado de gente, y me dijo: Padre: le hemos dado la MAS COMPLETA CHORREADA AL GOBIERNO. Es decir, habían andado por muchas partes votando por el gobiernismo. Ese diputado oyó esta respuesta mía: Don fulano: usted viene a decirme esa suciedad porque ha pensado que yo he sido gobiernista. Pues, se equivoca: he votado por León Cortés. Pueda marcharse.

Este es el capítulo que olvidó don Miguel Acuña. El más importante, tanto por que el mismo es la causa de cuanto siguió, como porque fue la era del martirio del pueblo.

Hoy se dice mucho, con parte de razón, que Costa Rica debe curar sus heridas y restaurar su unidad. Sí; pero, no a costa de la verdad histórica; no a costa de absorber a quienes crearon aquel clima de garrote y de asesinato; no echando la culpa a quien no hizo otra cosa que lo que tenía que hacer: defender su dignidad y su libertad, porque era ya inaguantable tanta infamia. No puede haber restauración de la concordia en donde se intenta coronar con la inocencia a quienes fueron los responsables.

Fuimos de los que estuvimos de acuerdo con las Garantías Sociales, con el Código de Trabajo, y de los que seguimos creyendo que si el Gobierno de entonces hubiera adoptado el plan de convencimiento con calma, con serenidad, no hubiera pasado nada grave. Pero, se resolvió la represión, la intimidación y se permitió toda clase de desmanes. No fue el pueblo quien tuvo la culpa del cuarenta y ocho. Fue el gobierno de esa época.

Nuestro concepto de la democracia es el de un régimen sereno, de adoctrinamiento culto; que la campaña electoral no han de ser nunca gritos, discursos pasionales, inculpaciones henchidas de odio. Creemos que la campaña electoral ha de ser sólo de tres meses, por los medios públicos de comunicación, sin reuniones ni desfiles. Que cada costarricense cumpla tranquilamente con el deber de votar, y vuelva a su casa tranquilo. Detestamos esas propagandas bullangueras, insulsas, vulgares. Queremos con noble orgullo una patria modelo. De otra manera la democracia podría desmoralizar al país y corromperlo; o, por lo menos mantenerlo en permanente zozobra y en diaria inquietud. Y la democracia no es eso, sino el diálogo culto que persiga el auténtico bienestar nacional.

R. M^a Guillén, Pbro.